

Año XXXII.

Madrid, Jueves 25 de de Abril 1912.

Núm. 17.

A MIS LECTORES

Todavía no me han pasado la cuenta de los gastos municipales de la segunda multa. Pero como calculo que serán los mismos que los de la primera, me los reservo y no aguardo más para entregar el resto para los presos políticos.

Dejo de publicar la lista de los que contribuyeron á la suscripción, por varias razones, entre otras, porque muchos no quieren figurar en ella.

Si alguno hubiere dejado de recibir los libros á mitad de precio que ofrecí, y que envié á todos, está á tiempo de reclamarlos, pues para este derecho no hay prescripción.

Como tampoco lo habrá nunca para mi agradecimiento.

Tomada la resolución de no aguardar más, escribí una carta á los señores que cito á continuación, diciéndoles que en el número próximo de EL MOTÍN (el actual) iba á publicar lo siguiente:

A RAFAEL SALILLAS Y Á PABLO IGLESIAS

De la suscripción de tres mil pesetas que acepté para pagar las multas que se me impusieron, me han sobrado próximamente mil quinientas.

¿Querrían ustedes hacerme el favor de encargarse de repartir las setecientas cincuenta que á cada uno envío con esta fecha, el uno entre los presos políticos republicanos, y el otro entre los socialistas, ya que ambos están en condiciones de saber cuántos son y dónde se hallan, y reúnen además todas las otras que se necesitan para que yo me felicite del acierto de mi elección?

Agradeciéndoles el favor, queda á sus órdenes

JOSÉ NAKENS

Hoy 19.

Y me contestaron ambos al recibir mi carta:

«Querí lo amigo Nakens: con mucho gusto acepto su encargo, que me honra por el encargo y por ser de usted, y desde este momento comienzo las gestiones para hacer la justa distribución que merece.

Un abrazo efusivo de su siempre affmo. amigo

RAFAEL SALILLAS

19 Abril 1912.

Sr. D. José Nakens.

«Muy señor mío y de mi consideración: Acepto con sumo gusto, honrándome en ello, el grato encargo que usted me confía de repartir entre los presos socialistas la cantidad de *setecientas cincuenta pesetas* que acompañan á la carta en que me comunica su decisión.

Agradeciéndole cuanto merece la distinción que me hace, queda á sus órdenes su affmo. s. s. q. l. e. l. m.

PABLO IGLESIAS

Madrid, 19, 4, 912.

Agradezco á Salillas é Iglesias la aceptación y la cortesía.

CIVILIZADORES

Franklín

Fué aprendiz de jabonero, luego se hizo cajista de imprenta, más tarde se convirtió en periodista, y cuando murió le lloró no sólo el pueblo americano, sino toda la humanidad buena y generosa.

¿Qué hizo para merecer este homenaje? Ser laborioso y pugnar por el bien y por la libertad. Ciudadano imaculado, trabajó como nadie por la libertad de su pueblo, y cuando se vió honrado con un cargo, estimándole deber áspero y no descanso, ni gloria, ni sincura, se esforzó por cumplirle bien.

Su admirable Constitución de los Estados Unidos, el auxilio que de naciones europeas recabó para lograr su independencia, hasta el reconocimiento de ella por Inglaterra, obra fueron principalmente de este hombre que además fué moralista profundo.

Y no sólo hizo esto, sino que descubrió el pararrayos, esa aguja que en nuestras iglesias, como en todas las del orbe, está aún más alta que la cruz.

Cuando murió dijo de él Mirabeau: «Las naciones sólo deben llorar el duelo de sus bienhechores, y los representantes no deben recomendar á su homénaje sino á los héroes de la humanidad.»

Franklín fué de la libertad; ¡qué orgullo para nosotros!

LAZARILLO

El árabe y el italiano

—¿Por qué habéis venido á nuestro país á traernos la destrucción y el estrago? ¿Qué mal os hemos hecho?

—Hemos venido en busca de nuevas tierras—contesta el soldado.

—¿No os bastan las que tenéis en casa?

—¿Las tierras de nuestra casa?... Aquellas... no son nuestras. Pertenecen á nuestros nobles patronos, á los barones, á los marqueses, á los príncipes, los cuales las dejan en gran parte incultas. Nosotros no podemos ni tocarlas, y para no morirnos de hambre nos vemos obligados á ir á trabajar á la lejána América.

—¡Es extraordinario!—exclama el árabe.—¿No sois capaces de apoderaros de la tierra de vuestro país y venís á apoderaros de la nuestra?

Sorprendido por esta observación, el soldado no supo qué contestar y se calló.

—Y bien—preguntó el árabe—, si lo gráis vencernos y conquistar nuestra tierra, ¿cuál sería la parte que á ti te correspondería?

—¡Ah!—contestó riendo el soldado—. Yo... ¡estoy tan desesperado como San Quintín! Vuestras tierras, como es natural, serán de los que puedan comprarlas; y yo no tengo dinero.

—Entonces las comprarán tus compañeros.

—Tampoco. Esos son tan pobres como yo.

—Y entonces, ¿de quién serán?

—Serán de los señores, nuestros patronos.

—¿Esos que dejan inculta la tierra de tu país?

—¡Naturalmente! Esos y sus amigos son los únicos que tienen cuartos. Nosotros, los trabajadores, no poseemos más que nuestros brazos.

—Pero hombre ¡por Alá!, vosotros venís aquí á matar, á haceros matar y á apoderaros de nuestra tierra, no para vosotros, sino... ¿para vuestros patronos!... ¿Me permites decirlo? ¡Hasta nuestros camellos son más listos que vosotros.

CAMILO PRAMPOLINI

San Ignacio

quemado en vida por hereje
contumaz fugitivo

¡DE TODOS MODOS, A LA HOGUERA!

Proceso ante la Inquisición

YO ACUSO

Nuestro Derecho

Dejamos al Inigo López metido espontáneamente en la cárcel de Alcalá y encadenado en la de Salamanca, atado á un compañero; y le dejamos acusado y convicto de cómplice, encubridor y fautor de alumbados, por los testimonios que produjimos en el artículo.

anterior, y de perjurio, convicto por sus propias cartas en que niega tal participación y pone de testigo á Dios, ante el Rey de Portugal. Y por ende, en la jurisprudencia del Santo Oficio (del cual es prefecto un jesuita por el lado de la Congregación del Índice) resulta además, *ficto, negativo, hipócrita* y por último, *quebrantador del secreto* de las cárceles del Santo Oficio. ¡Bien encadenado está!

Los hechos constitutivos de los primeros delitos son de 1527, aunque las pruebas no sobrevinieron hasta 1530 y nadie las haya acumulado y traído á juicio hasta ahora.

De nada de esto se habla en la Bula de canonización, y por tanto estamos en plena jurisdicción de crítica. Si subsistiese la Inquisición española, nos asistiría el derecho de pedir la prosecución del proceso, abierto siempre, hasta conseguir plena justicia: y, en caso de probar los delitos, podemos reclamar la exhumación de sus huesos, su relajación al brazo secular, la infamación de su memoria, la inhabilitación de sus descendientes y la quema de la estatua y de los huesos en auto público de fe.

Y sobre todo, la confiscación de sus bienes y de los de su sociedad.

¿Acaso no intentaron esto los jesuitas con el Venerable Palafix?

¿Acaso no han llevado á la hoguera y á la infamia póstuma á mil infelices, por hechos mucho menos graves y menos justificados?

¿Acaso no fueron exhumados los huesos de D.^a Leonor de Vivero, conocida de Íñigo, muerta en olor de santidad, y no fueron quemados á presencia y con aplauso y por intriga pertinaz de los jesuitas?

LOS HUESOS DE UN PROCESO

De los ocho procesos hechos á San Ignacio, sólo conservamos perfectamente auténtica y altamente comprometedor para la Compañía, una pieza, descubierta por D. Manuel Serrano Sanz, entre los papeles confiscados á los jesuitas de Alcalá, y que no han desaparecido de la Biblioteca Nacional.

Esta pieza es fragmento de otro proceso mayor y una simple pieza auxiliar, conteniendo las informaciones hechas en Alcalá en 1526 y 1527, sobre la estancia de Íñigo en aquella villa.

En este documento, de perfecta y absoluta autenticidad, aparece solucionado el problema del Juan y del Íñigo López, sopena de crearse para los jesuitas algunos problemas mucho peores.

En efecto. El cuerpo de las informaciones va dirigido contra Íñigo, Calixto y otros compañeros suyos: ni una sola vez se habla de ningún Juan López, ni por parte de los Inquisidores que preguntan, ni de los testigos que responden.

En cambio, en la notificación de la sentencia se encuentra una anomalía. Primero aparece una notificación particular al Íñigo, que se indica en estos

términos: «El dicho señor Vicario mandó parecer ante sí al dicho Íñigo. E dijo que» etc.

Y á renglón seguido, manda el Vicario que el Auto sea notificado de *verbo ad verbum* (palabra por palabra) «al dicho Calixto y á todos los otros sus compañeros que andan en el mismo hábito que el dicho Íñigo, á los cuales mandaba é mandó lo las mismas penas (de excomunión y destierro de estos reynos), que así lo guarden y cumplan, el qual lo consintió. Testigos, Alvaro de Luzón é Francisco d'Antequera puco».

(Siguen dos rúbricas del notario) y á continuación se lee: «este dicho día fué notificada esta sentencia é mandamiento á Ju.^o (ó In.^o) LÓPEZ DE RECALDE é a calisto é a Cáceres Testigos melchor días é a^o de Madrid

Juan de Madrid»

LAS MUTILACIONES DEL «CUERPO DEL DELITO»

Sobre esta página, hasta aquí la única fidedigna de la historia de Íñigo, las arañas jesuitas han ido tejiendo redes y más redes, de modo tal, que se necesita ir con pies de plomo, ponderando palabra por palabra, para no tragar el engaño.

Fita, con osadía sin par, se ha liado la manta á la cabeza y ha comenzado por negar la autenticidad original del documento. Si no fuese jesuita, esta afirmación hecha como académico de la Historia y desde su Boletín, le merecería la expulsión inmediata.

Procede por el honor de la Academia y por el crédito del Boletín que se le forme un tribunal de honor que juzgue este acto de Fita. Yo sostengo la absoluta originalidad auténtica de este instrumento, y me obligo á probarla ante el tribunal de peritos.

Después de esta estupenda procacidad malsana, Fita, como quien nada hace, divide en párrafos sueltos el escrito; y tan á la ligera procede que, haciendo un trabajo de crítica comparada del original con las varias versiones que hicieron Quintana ya en 1613, Salcedo en 1724 y Serrano en 1895, incurre en esta sola página en el error de traducir «nombramiento» por «mandamiento» (línea 2.^a del original); y al fin del párrafo, pone detrás del testigo «Antequera», punto y guión, y traduce la abreviatura «pl.^{co}» (público) por «YN.^o» diciendo por vía de nota: «En el original primitivo, estuvo aquí su firma autógrafa (de Íñigo), y se indica después», y además yerra siempre el nombre del notario, que es *Quintanaya* y no *Quintanarnaya*.

Confieso mi asombro de ver á un zascandil de tal género sentado en la Academia de mi nación. ¿De dónde saca Fita este original primitivo, ni de dónde saca que hubiese tal firma? ¿Es que para ser académico bastan el cinismo para mentir y la simulación de ciencia desmentida por los hechos, y de convicciones que Fita no ha podido

adquirir sin estar obcecado por un sectarismo que le impide todo discernimiento?

Pero no es error esto, sino insigne superchería.

Del cuerpo de las *Informaciones*, resulta que la cuadrilla *iniguista* de Alcalá estaba formada por cinco estudiantes, incluso el Íñigo, inscritos en los Evangelios jesuitas con los nombres de Calixto Saa y Diego Cáceres, ambos de Segovia; Juan Arteaga Avendaño, de Estepa; Juan Francés, paje del virrey de Navarra, y el Íñigo.

Ahora bien: en la notificación final, aparecen interesados solamente tres individuos, López de Recalde, Calixto y Cáceres, creando un complot de muerte para la Compañía, porque de estos tres individuos, el López de Recalde había sido degollado en los sótanos del jesuitismo y enterrado debajo de cuatro siglos de absoluto silencio. Tan enterrado estaba, que es muy posible que ya ni los Generales de la Orden ni el propio Fita, hubiesen oído hablar jamás de él.

Al sacar el señor Serrano de los sótanos de la Historia la cabeza del Recalde, los jesuitas quedaron no menos sorprendidos y alarmados que los beatos de Huesca al ver la cabeza del niño sacada al público por el famoso gato.

A los de Huesca no se les ocurrió decir: «¡no es tal niño muerto, sino una cabeza de un muñeco!». A los jesuitas, si se les ha ocurrido gritar enseguida:

—No es tal López de Recalde sino que la mitad del esqueleto es de Juan Arteaga, obispo de Chiapa, y la otra mitad es del paje Juan Francés.

Y Fita, en vez de decir al público que él ha partido por gala en dos al López de Recalde (que en el documento aparece mudo y lironde y fornido y garrido), y que para que no se junten sus trozos arrojó la mitad del cuerpo á los franceses diciéndoles: *ahí va vuestro Juan Reina de*; y la otra mitad, presentándosela á los Avendaños diciéndoles: *ahí tenéis vuestro Juan de Arteaga*: en vez de confesar este descuartizamiento alevoso y parricida, nos dice muy fresco, inmensamente fresco, y muy cínico, con exorbitante cinismo:

—Los que en el documento leyeron «Íñigo López de Recalde», son unos «NECIOS». Ni aquello dice Íñigo, sino Juan, ni lo otro dice de Recalde, sino «y á Reinalde».

EL ESPANTAJO «LÓPEZ DE RECALDE»

No es posible dejar sin puntualizar este problema de la Historia Patria. El López de Recalde está ahí de cuerpo presente en el documento. Su aparición es la de un Espectro, que desde ahora ha tomado asiento en los altares de la Compañía.

¿Quieren expulsarlo de ella?

Anden alerta con ello los jesuitas, no sea que al descuartizar á este sujeto, descuarticen á su propio padre y fundador. (Sería de ver, que nosotros hubiéramos de convertirnos en gendarmes

de Ignacio para impedir ese asesinato bárbaro!

El «crimen descuartizador» del Fita queda palpablemente demostrado con el facsímil que publicamos (*Ilustraciones documentales*, núm. 2): ahí está el LÓPEZ DE RECALDE más fresco que unas Pascuas. Pero, al General de la Compañía y á sus consocios de industria en la fabricación de historias de sus *Monumentos*, no les pareció bastante la cuchillada de Fita y dieron otro tajazo al pobre López de Recalde, en su propio original.

En efecto: en los *Monumentos Ignacianos*, tomo I, apéndice, publican el facsímil de las últimas siete líneas del documento y no más. No publican la octava, en donde se lee un *Inigo* más hermoso que un clavel, y que habría echado una higa al «In.» que Fita sacó del «puco». Más arriba habrían encontrado sus lectores un «REYNOS» que habría servido para advertirles que en la letra del documento el *Recalde* no puede decir *Reinalde*; y en la segunda línea habrían visto la *J* del *Juiz ordinario* muy distinta de la *J* que pretende ver en el «Juan López».

Con todas estas picardías, aprovechan unos trazos de tinta débil que están *matados* por el vigoroso trazo del «de Recalde»; vigorizan aquellos *trazos matados*; los enzarzan en el *de Recalde* como enredadera, y ponen al lector en confusión de si aquello dice *de* ó dice *e a* y de si el *Reca* dice «Reina».

La denuncia de esta burda falsificación en un documento fundamental de la Compañía, único que publican en facsímil los *Monumentos*, basta para dejar totalmente desacreditada esta obra de artificio y de embuste.

«LÓPEZ DE RECALDE» tenemos, desenredado de las zarzas generalicias, y salvado del descuartizamiento. ¡Ahí está de cuerpo presente!

¿ESTE LÓPEZ ES «JUAN Ó INIGO?»

Hasta el año 1724 y durante doscientos años, los que leyeron este documento leyeron «Inigo López de Recalde».

Los jesuitas tuvieron como auténtico el extracto que hizo á instancia suya Quintarnaya en 1613, y que probablemente sería utilizado para engañar á las Congregaciones de Ritos y del Índice que en aquella época entendían en el proceso de beatificación. Este extracto, que fué descubierto original entre los papeles secretos de los jesuitas de Alcalá, afirma también que el texto del proceso dice «Inigo López de Recalde».

El historiador jesuita Henao certifica que entre ciertos jesuitas así se afirmaba, y que á él se lo había dicho el P. Peinado.

Esta prueba y confesión de parte sería plena en cualquiera tribunal, mientras no se demostrase lo contrario.

El notario Salcedo es quien en 1724, á instancia de los jesuitas, saca una copia de una copia de Quintarnaya, é inventa el Juan López y el Reinalde; pero

este notario queda argüido de falsario en su misma escritura, que dice ser *trasado fiel* de la de Quintarnaya. Mal podía éste traducir el «Reinalde» después de haber certificado con toda solemnidad el *Inigo López de Recalde*, como no fuese loco de atar y no tuviese deseo de acabar en presidio la profesión notarial.

Serrano, en 1895, repuso en su lugar el *Inigo López de Recalde*. Contra ese texto salió el *Boletín de la Academia* á desaguar las aguas sucias de la Compañía, desmintiendo á Quintarnaya y á Serrano, llamándoles *nechos* en comunión con todos los jesuitas de dos siglos, arguyendo con la autoridad del falsario Salcedo.

Así ha estado la cuestión hasta el presente, en que terciamos nosotros en el debate.

Y á fuer de leales, debemos confesar que si el *López de Recalde* está fuera de toda duda la interpretación de la abreviatura «In.» ó «Ju.» admite duda, ó cuando menos, nuestra erudición y ojo paleográfico no nos decide á determinar cuál de las dos significaciones debe adoptarse, pues la *Y* y la *J* mayúsculas se confunden fácilmente en esta escritura, en que la *J* se usa en formas distintas, y la *n* y la *u* son indistintas muchas veces. Ni en este ni en otros documentos de la época he visto abreviado en forma de *In.* el *Inigo*; en cambio lo he visto abreviado con «y» minúscula: «yno» (1).

Siguiendo, pues, el criterio de que el *Ynigo* no admite en la moda del tiempo tal cifra, queda aceptado que dice en definitiva «JUAN LÓPEZ DE RECALDE» y no *Inigo López*; y en este caso surge el siguiente

CONFLICTO JESUITA

Es indudable que este *López de Recalde*, Juan ó Inigo, no es ni el *Juan Francés*, ni el *Juan Arteaga*, únicos Juanes que constan en la Compañía iniguista de Alcalá, compuesta de cinco sujetos, de los cuales sabemos que uno es el repetidísimo *Calixto Sáa*, y el otro es Diego Cíceres, ambos de Segovia.

Además, por el tono y olor de la notificación, en la cual los *Calixto* y *Caceres* se indican simplemente el uno por el nombre y el otro por el apellido, se ve que se concede especial relieve á este «Juan López de Recalde», puesto de cabeza de los otros, y honrado con su nombre, apellido y sobrenombre. ¿Quién es este Jefe: es Ignacio ó es otro?

He aquí el dilema puesto á los jesuitas.

Si este tal es Ignacio, por *Juan López* le prendemos aquí, para no dejarle escapar sino después de pasar por la hoguera; y si no es él, sino otro, con este *Juan López* que vamos á quemar hemos de entendernos averiguando antes quién es y por qué le quemamos.

Evidentemente, á pesar de todos los

(1) Véase un caso en el proceso de Vergara, fol. 14 vuelto, última línea. 61-62.

embustes jesuitas, es uno de los tres fundadores de la Compañía; LÓPEZ, Calixto y Cáceres. En esta notificación de sentencia, no hay más. Arteaga y *Juanico* han desaparecido y apostatado.

¿Quiénes son Fita y sus cofrades de hoy para expulsar de la sociedad á tan respetable Padre, ó Abuelo, ó Tío ó Primo?

Esto es lo que no consentiremos. Jesuita es, y uno de los pies del tripode fundamental, y aun el principal.

Y este Juan López fué quemado: si era Ignacio, allá verán los jesuitas si lo dan ya por quemado por este lado; si no lo es, peor para Ignacio; resultará siempre que debieron lo ser quemado él, él se escabulle y arroja á la hoguera á su tío; ¡la suerte de Azpeitia!, y siempre y en todo caso resulta quemado el primer Jefe de la Compañía de Jesús.

S. PEY ORDEIX

(Concluirá.)

Ilustraciones documentales NUMERO 2

Ultima página del documento intitulado: «Informaciones de Inigo y Calixto y sus compañeros que fueron los primeros que en esta villa ancluvieron juntos, que ahora llaman de la Compañía de Jesús.»

Biblioteca Nacional de Madrid, sección de manuscritos, Ms. P. V. F. caja 8, núm. 71. Sirve de cubierta una hoja de papel con el número 18637, y lleva estas indicaciones del documento: «Ms. de trece hojas útiles en folio. Letra de la época. Va seguida de un traslado de la misma (información) hecha posteriormente en letra de fines del siglo XVI de una copia testimoniada de la sentencia y notificación sacada en Alcalá á 19 de Agosto de 1613. En todo son veintinueve hojas útiles en folio.»

El original de la información, tiene las hojas numeradas, menos una, con cifras arábigas; la primera hoja con el número 54, y la última (que damos en facsímil) con el 66 que queda oculto con la mancha de la fotografía, no del documento.

La raya puesta debajo del *ynigo* es del grabado y no del documento.

Apostillas de los antiguos jesuitas. En el folio 1.º, numerado 54: «El proceso original y un pleyto y examen de la vida que de Nuestro Padre Ignacio, se hizo en Alcalá, archivo.»

En la copia: «Este proceso original se guardó en el escritorello del archivo; y éste es el traslado.»

De este documento pretende ser copia fiel un documento que se halla en el *Archivo Histórico Nacional* (Papeles de Jesuitas de Aragón, Legajo 18 antiguo, 26) moderno, número 7) y contiene un traslado hecho por el notario de Alcalá, Salcedo, á instancias de los jesuitas de una copia del notario Quintarnaya de 1613. Esta copia de copia es la invocada por Fita y por sus cofrades, como documento de autoridad superior al extracto de Quintarnaya y al propio original.

Del primer documento publicaron los jesuitas algunos fragmentos tendenciosos, ocultando el texto íntegro. Publico primero con cortas supresiones D. Manuel Serrano Sáenz en un folleto crítico, en 1895. En 1898, en el *Boletín de la Academia de la Historia*, el P. Fita dió una versión llamada íntegra, con notas de cotejo y contraste con las otras versiones, retorciendo las frases que anotamos en nuestro escrito.

Los editores del *Monumenta Ignatiana* (tomo I) copiaron el escrito de Fita, añadiendo nuevas notas para embrollar la cuestión que aquí debatimos.

Traducción del documento línea por línea

Nota.—Las letras añadidas á las abreviaturas, van puestas en cursiva.

y pasados los dichos tres años dure todavia el efecto
de este mandamyento saluo si el Juez ordinario é Vycario general
en lo espiritual del lugar e diócesi donde á la sazón el
dicho ynigo rresidiere le diere licencia para enseñar
lo qual dixo que le mandava e mandó so pena d excomunion mayor
en la qual yncurra ypso facto lo contrario haziendo
y que sera desterrado de estos Reynos perpetuamente
Este dicho abto como en el se contiene de verbo ad verbum mandó
que fuese notificado al dicho Calisto é á todos los
dichos sus compañeros que andan en el mesmo ábito
que el dicho ynygo á los quales dixo que mandava e
mandó so las mesmas penas e censuras que así lo
guarden y cumplan. el qual lo consyntió.

Testigos Alvaro de luson e Francisco dantequera público.

(Rúbricas del Secretario)

Este dicho día

fue notificada esta sentençya e mandamyento (á (...X.) lopez

de Recalde (é á calisto (á cagres. Testigos melchor díaz e

A^ol de madrid

Juan de madrid

Secretario (?)

Nota) X...—Ju.^o (Juan) ó In.^o (Iñigo).

Verosímil, «Juan».

Ayuntamiento de Madrid

Los sucesos de Eibar

Ocurrieron de este modo:

El Eco de Eibar, periódico jaimista, anunció el mitin cerca en formas insultantes. Entre otras frases dirigía estas mortificantes a los liberales de todos los matices:

«Eibarrese, el domingo se celebrará un mitin jaimista. No tendréis más remedio que tolerarlo. Si viniesen doscientos ó trescientos, seguramente iréis á insultarlos, pero como vendrán tres mil ó cuatro mil, con las orejitas gachas tendréis que retiraros á vuestras casas.»

Además repartieron por toda la región unas hojas en las que, en tono insultante, se decía que Eibar era un foco de anarquismo y socialismo.

En vista de esto, las autoridades tomaron grandes precauciones.

A las ocho de la mañana llegaron los jaimistas en tren especial, y al bajar desplegaron las banderas en actitud de reto, y gritaron: ¡Viva D. Jaime! ¡Abajo la libertad!

Los elementos radicales, que habían ido con el solo objeto de impedir escarnios á la libertad, contestaron exigiendo que recogiesen las banderas, é intervinó la guardia civil, sin que los jaimistas hiciesen caso de ningún requerimiento.

Retadores é insolentes avanzaron por la calle de la Estación, donde repitieron los vivas y los muertas.

Un joven del jaimismo se insolentó de tal manera, que amenazó á un republicano, é inmediatamente comenzó la refriega.

Los jaimistas llevaban la peor parte, cuando se les unieron las fuerzas de eibarreses, sumando unos mil quinientos hombres y hasta la misma puerta del Círculo no cesaron los gritos, los palos y las imprecaciones.

Apenas reunidos los elementos retrogrados, comenzaron á insultar al pueblo de Eibar agitando las bofnas, vociferando exténtoreamente, y bajaron del Círculo con aire amenazador.

En la calle de Berrencalle, tomó la refriega un carácter de gravedad, que aumentó al sacar un cura el revolver y disparar contra los radicales, hiriendo gravemente á uno de ellos.

Entonces los elementos libres avanzaron violentísimamente contra las horas jaimistas y la lucha fué terrible, pero los jaimistas eran arrojados del pueblo á golpes de palo y cuchillo, quedando en la calle diecinueve heridos.

Un jaimista perdió su boina; uno de los suyos le tomó por liberal al verle sin aquel distintivo, y le asestó una puñalada tan grande que le abrió el vientre, cayendo instantáneamente muerto.

La guardia civil llegó con asombrosa oportunidad cuando los elementos del jaimismo habían sido arrollados en ab-

suelto, y al separar á los contendientes, hirió á cinco radicales.

Los jaimistas celebraron después el mitin á puerta cerrada, custodiados por parejas de la guardia civil.

El pueblo los aguardaba después del mitin, y había unos cuatro mil hombres de ideas libres dispuestos á arrojarlos sobre ellos, lo que impidió la guardia civil acompañándolos hasta que tomaron el tren de regreso.

El pueblo radical de Eibar lamenta lo ocurrido.

Si no hubiera sido provocado desde las columnas del *Eco de Eibar*, y en las hojas repartidas en toda la región, al llegar los jaimistas á la población la cordura de los eibarreses se hubiera manifestado una vez más, dejando á todos los elementos exponer sus ideas libérrimamente.

Pero como el mitin constituyó desde que se empezó á organizarlo un insulto, una ofensa para Eibar, que reprodujeron los bilbainos al llegar, el pueblo hubo de responder forzosamente á tanta procacidad, á tanto insulto.

Y esto es lo que pasó, ni más ni menos.

Arrepentimiento

También en Aguilas (Córdoba) ha sido detenido durante cuarenta y ocho horas el suscriptor de *El Morín* por repartir *Hojitas Píadasas*.

¡Dichosas *Hojitas*, y cuanto han dado que hacer y que decir á los clericales! Si lo sé, no las lanzo al público... Tan tarde.

Verdades y rebeldías

Los dioses mueren en la conciencia de los pueblos: los templos del trabajo se hallan desiertos: los caudillos pierden la autoridad sobre las masas: el pueblo sufre, calla y muere...

Diariamente los «pro-hombres» republicanos, prometen al pueblo el cumplimiento de sus deberes, todo son palabras, que como el humo desaparecen instantáneamente dejando incumplidas sus promesas.

Con voz de trueno, álzanse ante las multitudes sedientas de justicia, pidiendo su concurso para dar la batalla á la tiranía, y lo que hacen es enconstrarse sobre los cuerpos débiles del pueblo y postrarse de rodillas ante los tronos de dioses y de tiranos.

Mercaderes de la conciencia nacional, explotan hasta el sentimiento del pueblo, que protesta de las guerras, y al grito de «muera» inducen á las muchedumbres á la revolución, y dejan abandonado al pueblo en medio de la lucha. Pasado el momento, cuando la represión se hace dueña de la opinión, aparecen nuevamente protestando de lo sucedido muchas veces, y aprobándolo cuando para sus fines es conveniente.

En uno y otro caso, explotan la libertad de los revolucionarios para triun-

far en las elecciones y continuar la eterna comedia.

Ante el pueblo dicen que la pena de muerte no existe, y continuamente mueren los honrados, los héroes de la civilización, los que constantemente derraman su sangre al grito de libertad y de justicia.

Cuando la voz de la opinión destroza los obstáculos que se interponen á la concesión de un indulto para un reo popular, representan vilmente la más infame de las farasas, llamando al pueblo para que se juramente ante ellos solemnemente prometiendo la huelga general revolucionaria si no se concede el indulto que de antemano tienen en su poder firmado.

En cambio, cuando la opinión no se indigna, cuando precisamente hace falta la voz de los caudillos que mueva la protesta, que encienda en el pueblo el fuego purificador que destruya el partido, ¡ah! entonces rueda la cabeza del reo sin que ni una voz pida conmisericordia para la víctima.

Sólo una labor parece ser la que se imponen, destruir en un día lo que han hecho en diez años. Forman un partido, alzan una bandera, la enrojecen con la sangre del pueblo, triunfan aunque para ello tengan necesidad del sacrificio de la multitud que les sigue, se encumbran tan altos que ni las miradas de los de abajo los alcanzan, y desde allí se deslizan lentamente por el camino de la traición, hasta alcanzar el vehículo de la burguesía, con el que desaparecen velozmente, abandonando toda la obra construída con muchos sacrificios.

¡Y pensar que esos hombres llegan á disponer de un poderío tal, que con una mirada podrían destruir un Gobierno, con un discurso hacer temblar un régimen y con una voz de mando hundirían un trono!...

El pueblo calla, sufre y muere, al ver que nada hacen los que todo lo prometieron en un principio, y postergado, aquejado, rendido, se retira á su casa, diciendo entre sí:

¡Maldito dinero!...

FERNANDO PINTADO

El Intransigente.

Eibar y Barcelona

Después de los sucesos ocurridos en Eibar por el intento de irrupción de los carlistas en la liberal ciudad, un periódico republicano ha insertado las siguientes palabras, fiel expresión del pensar eibarés:

«Los jaimistas de fuera no tendrán en Eibar más hospitalidad, á no ser que se la den las generaciones futuras, cosa que también creo difícil.

«El diputado Sr. Salaberry dijo en su discurso que pronto entrarían aquí (en Eibar) los jaimistas con las banderas desplegadas, y yo digo que no entrarán, ni con banderas ni sin ellas. La sangre del pobre Oragui ha caído sobre todos los demócratas eibarreses, y si sus matadores se decidieran á venir nuevamente, sepan que aun más difícil que la entrada les sería la salida.»

Aquí en Barcelona, antes de la solidaridad, movimiento político que dió vi-

da el carlismo, también la prensa avanzada podía echar rocas a los absolutistas, como ahora lo hacen los eibarreses.

Pero ahora, desde que los republicanos de Cataluña, por misteriosas complacencias, no ocupan los sitios de peligro, cada vez más el carlismo se va ensobreciendo, y ¡oh ve güerza! los republicanos se han dejado arrollar por los chicos del Riquet.

¿Para qué recordar los hechos?

¿Es que no hay los mismos entusiasmas, los mismos enemigos de la reacción, que podrían tener a raya a los carlistas?

Sí, los hay; pero lo que me decía uno de esos bravos luchadores:

—No recibimos órdenes. Si apelamos a la violencia nos volverán a llamar kibilas.

—¿Y nadie se cilla de demostrar a los carlistas que no son los más numerosos y los más fuertes?

—Sí, las «Juventudes republicanas». Mas como tampoco éstas reciben órdenes externas, ¡mira! solamente unos cincuenta jóvenes entusiastas y fuertes, siempre los mismos, que obrando por su cuenta y riesgo, son los que reciben los palos que se pierden.

—Pero si el partido republicano de Cataluña no recibe órdenes, ¿quién tiene la culpa?

—Yo no quiero contestar; pero es absolutamente necesario denunciar esta vergüenza, para que, cuando los gobiernos borrásticos persigan a las huestes republicanas, en uso de su derecho nadie se queje. Porque entonces, los poderes constituidos les contestarán, muy bien contestado.

—R ventad en las cárceles y en el destierro, puesto que no sois más que una masa electoral, propia sólo para elegir vuestras diputadas. De ahí no pasáis, y no es t meinas. ¡Si hasta los chicos del Riquet se pegan!

V está a muy bien contestado.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Abril 1912.

Sangre reproductiva

La *Madama* está publicando unos artículos que basta copiar el título para darse idea perfecta del asunto que tratan.

El del último fu vez lo tituló así:

POLITICOS, ABOGADOS Y VAMPLOS

DE COMO UNA EMPRESA QUE TIENE UN CAPITAL DE OCHENTA MIL DUCADOS CONTRA SU VENCION MAS DE DIEZ MILLONES DE PESETAS ANUALES.

Hiciedo co star que gñile a la Compañía de Vapores Correos de Alíca, ¡oh! a qué aritar en detalles, si el título dice por sí mismo la magnitud de ese nuevo despojo legal hecho a la nación?

En medio de nuestras desdichas, algún consuelo habíamos de tener.

El de saber que la sangre de nuestros

soldados, no sólo sirve para abonar los campos rifeños, sino también para que prosperen las empresas que a la sombra de la guerra se crean y se desarrollan.

La muerte de los ídolos

Ha llegado la hora de las destrucciones. El tiempo es un supremo frionista, que así arrumba los alcázares como derriba las instituciones, que acaba cuanto parece consolidado por una sabiduría de veinte siglos, como traseca el rumbo de las conciencias, orientán dolos hacia una feja, la en la que se ve caer lo que érito y aundirse un presente, quizá fatal sin la irrupción de las legiones «obrábaras», de las que tienen fuerte y joren al corazón como a punto de lucha feroz, impulso demole tor y, finalmente, un caño a la vi la nueva, que se escucha en la soledad del campo social, donde aún se yerguen hincadas y maravillosas figuras de ídolos a quienes nos parecen, por haberse observado en ellos las huellas de la vida y de la vacilación, y en la mirada una sombra que nos dice de la muerte del espíritu.

Lo que no ha caído, debe ser derribado.

Pongamos en la frente de los viejos ídolos una corona de malvas sencillas ó inocentes de azules myosotis, de lirios y anémonas, rindiendo honores a sus pasadas heroínas pero poniéndoles en la glorificación un símbolo del acabamiento, un principio de leyenda que sólo puede concederse a las almas muertas.

La juventud no puede tener otros amores que los de la batalla cruenta, los de la excelsa destrucción de cuanto ha sido en baldecido por el caminar de las edades, no dejando sino las sobrevivencias del recuerdo de las grandes epopéyas individuales en aquellos campos floridos en tiempos, que ahora son tristes eriales donde anida el ave de cortaras alas que no puede remontan el vuelo y se arrastra penosamente, vergonzosamente, hasta el hueco de las piedras en que duermen su cansancio.

Todavía se yergue, soberbia y olinpica, la autoridad que pretende o erciones de la juventud; aún existe el concepto autoritario y basial de las egolatrias y la venta de la conciencia que se nomina disciplina.

Cuando, por primera vez un hombre se crea disciplinado, acaba de herirse mortalmente, vendiendo la libérrima concepción que innata debe ser en la humana criatura.

La adoración a Dios es al enajenamiento en las dadas lumbres, de la negación del yo. Los amos al gran humano que se alza con otro símbolo visible, son producto de las tiranías que siempre tuvieron los pueblos, causa eficiente de una pequeñez desmentada por el hecho de que la voz de los pueblos es la justicia que habla, sus notas la liberación del impuro mundo habitado en lo más recóndito de su corazón, donde se halla el fundamento de la tan discutida y pocas veces hallada verdad que, de eis tir, no se puede estar en un solo hombre, sino en la excelsa concepción de que es la Humanidad.

Cuando la juventud se alia de quien la acudilló como redentor, es que el nuevo Jesús acaba de ser clavado en la cruz de lo que fué.

Ya no pueden ser reconocidos los hombres símbolos, sino en la encarnación de la batalla incansable.

Dejemos a los que fison y no son: respetémosles porque hubo un tiempo en que circunló sus almas la corona de espigas del martirio. Todo es respetable cuando su pasado fué grandioso, pero debe ser repudiado en un estado de ruina que no pueden admitir la juventud que lucha, los que crean matando, los que viven para los tiempos venideros, creyendo que en cada hora que de ellos se desgarra debe darse un fruto, desvendido del árbol de la vida para que lo recoja el caminante porvenir.

Hector CABALLERO

Revisor: Cuenca, 1912, a la España.

Un cuento remozado

Le Gaulois, día 10 reaccionario de París, cuenta lo siguiente:

«Un inglés perdió hace pocos domingos en una iglesia de Londres un hermoso paraguas de seda que comprara tres días antes.

«Convencido de la eficacia del anuncio se fué a un periódico, y en dos ó tres líneas hizo saber que daría un buen halazgo a quien le llevara el paraguas.

«Pasaron días y días y el paraguas no volvió a su poder. Entonces fué al periódico a contar su fracaso.

«No tiene usted razón—le dijo el administrador,—porque el anuncio era sencillamente idiota.

«¿Cómo?

—«Idiota, sí, señor. He aquí lo que debió usted decir:

«Una persona cuyo nombre es conocido, fué vista el domingo último cuando en la iglesia de San P... se apoderaba de un paraguas nuevo de seda que no era de su propiedad. Si esta persona desea conservar su reputación de buena cristiana y no sufrir otros perjuicios, sírvase devolver el paraguas en la calle a número tantos.»

«Al día siguiente nuestro héroe recibía doce paraguas nuevos de seda.»

BIBLIOTECA DE LA INQUISICION

Van publicados:

Abundancia.

El Santo Oficio.

Los Autos de Fe.

Quinta de los Inquisidores en Logroño.

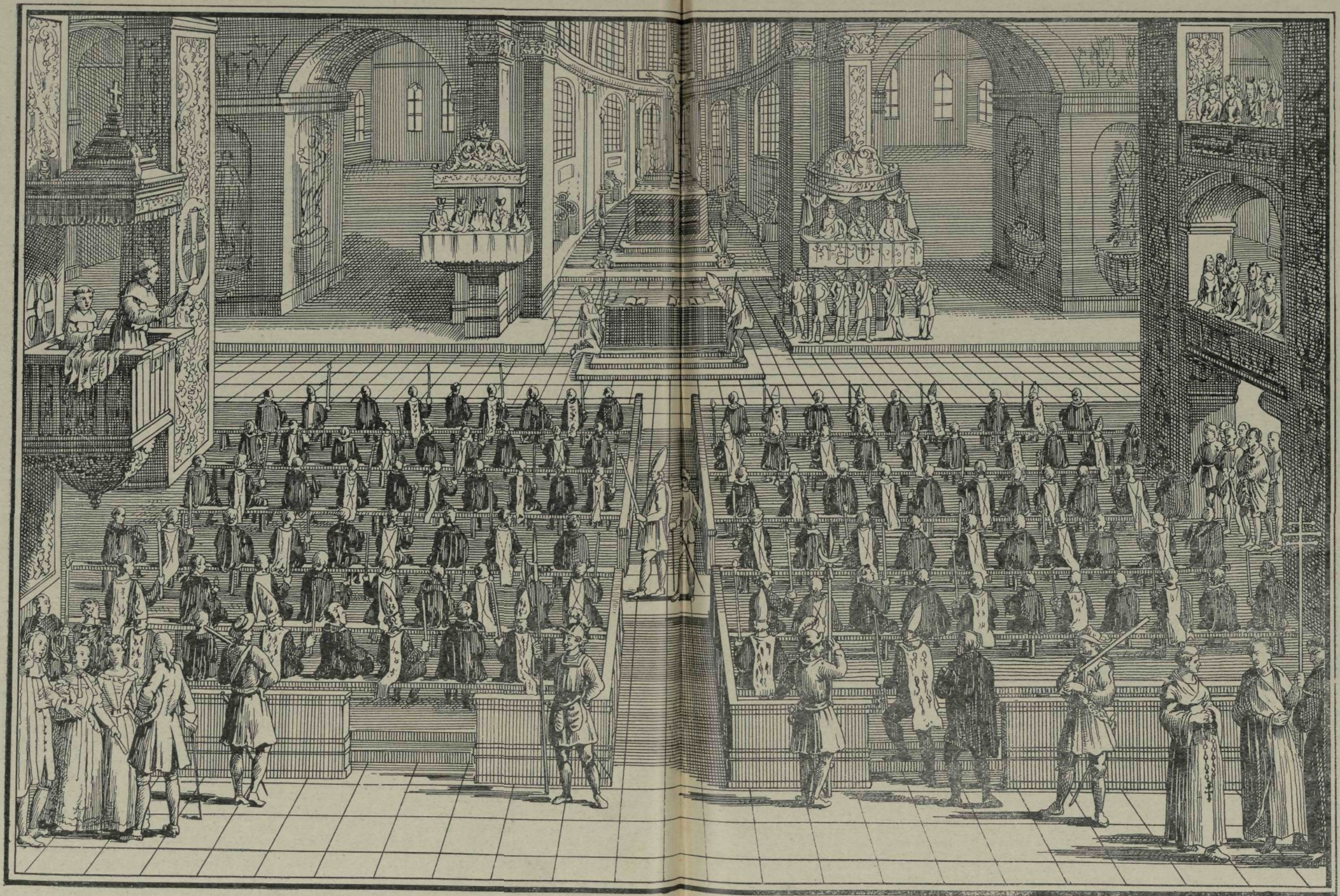
A PESETA cada tomo.

EN PRENSA

Carmen ultrajada y quemada.

(2ª y 3ª edic. Autos de Fe).

EL MOTIN



OTRO AUTO DE FE EN GOA (PORTUGAL)

Ayuntamiento de Madrid

lamento, donde deben oír los sordos la historia concisa de este legado, que los hijos de Almadén confían á vuestra honrada defensa.

Vosotros sois la única, la última esperanza que le queda al pueblo sumiso, disciplinado y noble, de blancas moradas, que en la provincia de Ciudad Real se encuentra sobre tres cerros, dentro de cuyas entrañas existe un veneno inextinguible de incalculables Tesoros...

Vuestra será, una vez más, la gloria del triunfo que proclamarán desde el fondo de sus almas, estos hijos del trabajo y de la miseria.

Ya se lo he dicho á *El Perro* otra vez: no sabe lo que se ladra en estos asuntos clericales. Peseta que se lleva cualquier señor de faldas largas, y no digo nada si es obispo, no hay quien se la saque.

Había de acordar el Parlamento, por la gestión de esos tres diputados, que devolviese el obispo de Ciudad Real las 50.000 del ala, y como si no.

Con los obispos nadie puede hoy en España. Entre sus palacios se detienen las autoridades de todos calibres, aun que la ley les ordene entrar y la justicia lo desee.

La caridad clerical

Sr. D. JOSÉ NAKENS.

Muy señor mío:

Tuve que ir un día al puerto para recabar el despacho de unas mercancías que á mi consignación había traído un barco de la Compañía Transatlántica, y al pasar en dirección á los almacenes por el costado del buque, que estaba atracado al muelle, vi un cartelito que en letra muy gruesa de imprenta, decía:

Se prohíbe, de orden superior, dar ningún sobrante de comida á tierra.

Está bien—pensé,—eso será para que suban los pobres á recogerla, evitando así el espectáculo en el muelle; pero ¡ay! me sacó del engaño que había sufrido otro cartelito colocado á la subida de la plancha ó escalera, en el que se leía:

No se permite la entrada á bordo.

Impulsado por la curiosidad y considerando una enormidad tal disposición, sometí al siguiente interrogatorio á un tripulante (oreo que era camarero) que acababa de bajar por la plancha:

—Dispense, joven; ¿podría usted explicarme el alcance de esa prohibición? —le dije señalando al primero de dichos carteles.

—¿Usted no sabe leer? —me contestó con cierto desdoro picaresco, que me reveló su procedencia andaluza.

—¡Hombre, sí, sé leer!, pero no comprendo eso; ¿cómo dan á los pobres las sobras de las comidas, si se prohíbe la distribución en tierra y no se les permite entrar en el buque?

—¡Pos la cosa está más clara que el agua! Eso quiere decir que ¡van limpio a comer!

—¡Qué atrocidad! ¿De modo, que en vez de calmar la necesidad de los desgraciados hambrientos echan la comida á los peces?

—¿A loj pece dice usted? ¡Menúj pece vienen á yevarse eso... y lo emaj que

nos sobra!—y añadió riendo con significativos y graciosos gestos:—*Son unoj pece grandej, azulaj ó pardo, con laj argaya mu blancaj y mu tiesal... ¡jal... ¡jal... ¡jal... ¡Vaya, queesusté con Díó, que tengo prias!*

Y terminado el relato, quedo de usted afectísimo seguro servidor,

DIMAS SAUSTRONG

Barcelona

Un golfo de Madrid

No gozó de pañales en la cuna, ni de cuna siquiera ni de nada; no conoció más juegos infantiles que andar con otros chicos á pedradas, y tuvo por escuela... el «Abanico», donde todos los meses lo encerraban; ¿cómo no encarcelar á aquel moaco sin educación que blasfemaba?

Después se lo llevaron á la guerra, porque santos deberes le obligaban, según dicen los códigos vigentes, á morir en defensa de la patria; y cómo no pagar con su pellejo una deuda tan justa y tan sagrada?

Murió como un valiente, y por lo mismo ascendieron al cabo de su escuadra, le dieron una cruz á su sargento y al señor coronel la pensiónada.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

¡A Lourdes!

En Valencia, y bajo la presidencia del arzobispo, se organiza un peregrinación á Lourdes.

La alocución que se ha publicado dice:

«En medio de nuestras amarguras, todavía nos sobran alientos para afirmar y sellar con nuestra sangre, si se precisara, la soberanía del Papa.»

Me congratulo de que haya todavía católicos de pecho tan esforzado, como me complacería el verlos cuanto antes sellar con su sangre la soberanía que hace tiempo perdió el representante de Dios en la tierra.

A ver si así se me quitaba un poco el aburrimiento que me produce el no oír hablar más que de immoralidades de los monárquicos, de infantichidos descubiertos por gatos, de jóvenes heridos por frailes, de maristas pesos por amar demasiado á los niños, de obispos de Jaca zascandileando y diciéndolo tontearías, de obispos de Ciudad Real asociándose pestis de legados que no les hicieron á ellos, de sermones facciosos pronunciados por esos púlpitos, de recompensas mal concedidas, de subvenciones mal dadas, de caciques que roban, de trabajadores que emigran, de guerras que no se justifican, de denuncias de periódicos, de ministros acusados que no dimiten; en fin, de todo lo que constituye hoy la vida nacional.

Pues seguramente me olvidaría de todo esto por un momento, si esos valerosos católicos que van de juerga á

Lourdes me proporcionaran el hermoso espectáculo de verter su sangre por el Papa, ese buen señor que allá en Roma recibe bondadosamente todo el dinero que le llevan, y que hasta hace ya milagros, según puede verse en otro lugar de este número.

Y si querían complacerme del todo esos católicos, podrían conseguirlo únicamente con sacarme de estas dudas:

¿Se ha trasladado de Valencia á otro punto la Virgen de los Desamparados? ¿No hace ya milagros? ¿Creen que vale más la de Lourdes?

Porque no alcanzo á explicarme la razón que puedan tener para buscar fuera lo que tienen en casa, como no sea por el afán de holgarse y divertirse por el camino.

CUADRO 3 DE ALDEA

El Cura de Yepes

No tenemos particular interés en inmortalizar al cura de Yepes; pero el hombre nos sale al paso, y por sus culpas y torpezas ha caído en la esfera de nuestra jurisdicción. Procuraremos, pues, hacerle pedazos con la mayor delicadeza posible, y atentos á que él es el cura tipo que necesitábamos para iniciar una campaña contra los dictadores rurales de sotana, lepra muy extendida, por desgracia, en España, y cuya extirpación se impone por el hierro y por el fuego.

La leyenda del cura de aldeas, bondadoso y caritativo, paternal y humilde, es una de tantas como han hecho fortuna, pero falsa al fin, como toda leyenda. Hoy, por esos desgraciados pueblos, lo que abundan son seres depravados, irascibles, venales, soberbios, viciosos é ignorantes, que se erigen en árbitros y conviven con los caciques políticos, siendo sus auxiliares y sus consejeros.

Es repugnante el tipo del sordido párroco rural español, ahito de aguardiente, blasfemo, crapuloso y erótico, que juega al «monte» en el Casino, que contrabandea en unión de gente maleante, que persigue y acosa á las beatas ricas, que va de cacería y fiestas báquicas á la sierra... Hay que exterminar á ese feroz enemigo social que en los pequeños pueblos obstruye la enseñanza y mantiene permanente y sangrando el embrutecimiento y el analfabetismo, y hay que exigir á los hombres libres y á los espíritus progresivos que desenmascaren á sus filices párrocos y que derriben de un hachazo esos negros puntales de la ruina nacional.

..

Volviendo á nuestro reverendo patrocinado, el cura de Yepes que, para que no se olvide, es el P. Angel Ayllón y Gutiérrez, reconoceremos la buena intención de un señor que nos ha escrito aclarando algunos extremos de la intervención del cura en el testamento de don Basilio Sáiz de la Peña, y trazaremos algunos raggos de los muchos que conocemos del famoso curita.

Es, como hemos dicho en nuestro

anterior artículo, enemigo formilable de la prensa republicana, y en el pueblo no hay quien se atreva á llamarse suscriptor ó lector de *EL MOTIN*, *El País*, *España Nueva*, etc., aunque, por aquello del fruto prohibido, excusado es decir que los periódicos radicales se venden como pan bendito.

Ama al dinero sobre todas las cosas de este mundo, ó inmediatamente después adora todo aquello que dinero vale, siendo una verdadera hormiguita en eso de recabar especies para su santa casa.

Véase cómo barre para dentro, cuando se encarama en el púlpito los domingos:

—Esas madres—exclama—que vienen aquí á postrarse á los pies de la Santísima Virgen, ¿no caen en la cuenta de que el culto á la Madre de Dios exige sacrificios? ¿Por qué no traen unos pichoncitos, ó una cesta de huevos, ó un corderito, ó algo así?...

Y las buenas feligresas, conmovidas con este párrafo, se apresuran á colmar de viualas la despensa del párroco, que por tan sencillo modo engorda de año en año más que un cerdo.

En Yepes, su influencia perniciosa ha logrado reducir las modas femeninas, y no consiente que las mozas del pueblo luzcan sus palmitos ni atavíos vistosos, por inocentes que sean. Una excepción consiente, sin embargo; la de su sobrina, que, si quiere, puede vestirse hasta de cupletista; pero como si no, porque es muy fea y los mezos no la quieren.

Influye mucho el P. Angel en la política del pueblo. Ahora no tanto, porque el alcalde es persona discreta y lo sabe tener á raya; pero épocas ha habido en que por la beatitud y fanatismo de las esposas de otros alcaldes, el dichoso curita ha sido el amo de Yepes.

Respecto á lo que influyó ó no en la voluntad de la difunta D. Basilia Sáiz, no queremos insistir; pero de sus ocupaciones en ese día al lado del lecho de la rica moribunda da idea el caso de haber fallecido casi abandonada por él, el mismo día, una feligresa pobre, llamada Vicenta Alvarez Palencia y Florin, que no tuvo el consuelo de la religión en sus últimos momentos, porque no tenía para pagarle.

Célebre es en Yepes lo que le ocurrió al curita con dos hijos mellizos que en su matrimonio tuvo un ciudadano conocido por «El tío Pipo», el cual no contó con el doble parto de su señora y sólo tenía presupuestados los gastos para el bautizo de uno. Sobrevinieron dos vástagos, y con ellos dobles gastos, y costó líos y ayuna convencer al P. Angel para que bautizara gratis á uno de los crios de «El tío Pipo», por cuyo proceder hasta le sacaron copias en el pueblo.

Otra de las cosas curiosas en este buen curita, es su sistema de confesar hembras. A las solteras les hace tales preguntas, que rara es la que vuelve al confesionario; y á las casadas también las molesta con importunidades que ponen rojas de vergüenza á muchas de ellas.

Su citada sobrina, única elegante del pueblo porque cuenta para exhibirse con la entorización de su señor tío, tiene un gracioso moto. Le dicen «¿una en paseo?», porque continuamente pasa y vuelve á pasar por los

mismos sitios, luciendo las más extravagantes indumentarias.

Por hoy basta, y no se olvide que á la plaga nacional de los curas de aldea, hay que extirparla y barrerla.

España Nueva.

¡Silencio!

Circula por Córdoba el rumor de que una joven perteneciente á una distinguida familia, y que hace unos tres meses ingresó de novicia en el claustro de Jesús Nazareno, ha salido de él completamente loca.

Dícese que fué llamada su madre con urgencia, y al penetrar en el convento se encontró con su hija, que á gritos pedía no salir del amparo de su familia y no perder el cariño de los suyos; y que fué trasladada en un carruaje á su domicilio, donde continúa en sus arrebatos pidiendo amparo contra seres visionarios que la obligan á no comer y que la maltratan.

Es posible que lo que propala ese rumor sea cierto, pero, ¡silencio, por Dios!, no vayamos á interrumpir la tradición piadosa de callar ante los innumerables hechos parecidos que vienen ocurriendo en España sin que se enteren autoridades gubernativas, ni fiscales, ni jueces.

Sería cosa de no poder vivir tranquilos, si cada vez que ocurrieran hechos de esta clase tuvieran que acudir los representantes de la ley á dar alabonazos á las puertas de los conventos, para velar por los intereses de la justicia.

¡Silencio, pues, silencio!

Milagro descacharrado

Un carretero que se dedica al transporte desde Cien al Rodrigo á los pueblos de la Sierra, notó en una de sus expediciones que el ganado se le paraba con frecuencia; y como nunca le había ocurrido tal cosa, por ser bueno el tiro de mulas y poco el trayecto recorrido, trató de averiguar la causa, reconociendo minuciosamente la carga y su colocación.

Mientras lo hacía percibió un olor como de carne putrefacta; reconoció los cajones que iban en el carro, y por entre las talas astilladas de uno de ellos le pareció ver una mano chorreando sangre descompuesta.

Aterrorizado, abandonó en el camino el carro y las mercancías, y corrió al pueblo más próximo, Robledo, donde dió cuenta á las autoridades y vecinos del macabro hallazgo, é inmediatamente se dirigieron varios individuos al lugar del suceso.

Desde que el carro estuvo á la vista, todos notaron el hedor de carne humana descompuesta, y parecían indudable que el desdichado carretero conducía los restos de un individuo forceadamente cortizado, sabe Dios dónde y por qué.

Una vez junto al carro, procedieron

á separar de las demás mercancías el misterioso cajón. «¿No había de pararse el ganado—exclamaron algunos—llevando esa carga?» Y dedicaron frases de elogio al instinto de las mulas, que había dado ocasión al descubrimiento de tan horrible crimen.

Abierto el cajón en medio de un coro de frases de conmiseración para la víctima y execratorias del feroz criminal, vieron con la estupefacción consiguiente, que contenía...

Una escultura de color achocolatado, de San Martín, que desde Buenos Aires remitían al convento de frailes del pueblo del mismo nombre, y súbitamente el olor de carne putrefacta se convirtió en olor de santidad.

Quedaba, sin embargo, un punto por aclarar; el de por qué se paraban las mulas. Mas después de mil conjeturas, y preguntas y respuestas, se vino á sospechar que acaso fuera porque al carretero se le había olvidado daries pienso aquel día mañana, según confesó.

Ha sido una lástima que ese milagro no cuajara, interviniendo en él todos los componentes necesarios: animales irracionales que parecían tener sentido común, y animales racionales que no lo tenían.

Pero á bien que estamos en tiempos milagrosos, y no pasarán muchos días sin que se verifique alguno de esos que, aunque indemostrable é incomprendible como todos, todos lo crean y lo pregonen.

Consolémonos, pues.

Un curaza

Se presentó la esposa de un trabajador socialista en la Sala Cuna de Bilbao, solicitando un niño para criar, y le contestaron que necesitaba un certificado del médico y otro del cura.

Presentóse al médico, Sr. Santamaría, que le dió el certificado; pero al ir á recoger el del cura párroco de Deusto, D. Federico, éste le preguntó:

—¿Es usted casada?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama su esposo?

—Ignacio Martínez.

—¡Euen p'jard! Es un socialista. ¿A le conozco?

—Es un honrado trabajador, señor.

—¡Ya, ya! ¿Y han cumplido ustedes con la Iglesia?

—No, señor.

—Ya lo decía yo. ¿Y quiere usted que le dé el certificado de buena conducta? Largo de ahí, y no vuelva a molestarme mientras no traiga las cédulas de emancipación de toda la familia. Tienen ustedes que confesarse todos, hasta el gato.

Y le dió con la puerta en las narices.

¿Qué merecía ese cura? Tener ama, y que ésti se viese embarazada sin saber á quién atribuirle el milagro, ó, dicho más groseramente, co'garle el molchuelo; que buscara ama para criar al roro; que no hubiese más que la esposa de ese socialista, y que, al requerirla,

le contestara: «No lo crío, si no me presenta usted un certificado declarando quién es su padre.»

Sí, esto merecía ese buen padre de almas, para que aprendiese que en cuestiones de paternidad, maternidad y necesidad, hay que obrar siempre con caridad y equidad, y no soltar una barbaridad con tanta crueldad.

GLOSARIO

Las obscenidades del mal confesor

No es fantástico nuestro relato: es histórico. No hablamos de memoria. Una mujer, una buena mujer, creyente hasta hoy, de hoy en adelante incrédula, nos cuenta toda la confesión.

Esta mujer, esta buena mujer, está casada, es madre. Es una mujer virtuosa, digna, sencillísima. Ella había oído hablar de nuestras campañas y creía que nuestras palabras eran blasfemias, que nuestros artículos eran un rosario de pecados mortales. Ella creía que nosotros no podíamos estar bien con el Espíritu Santo porque teníamos los demonios en el cuerpo.

Este año fué a confesar. Confesó en el Jesús. Confesó con el P. Ludari. Este Padre, cuyo nombre tenemos escrito en el boletín que nos ha entregado la misma mujer, es—dicho sea con eufemismo—un hombre sin vergüenza, sin dignidad de su cargo, sin conciencia. *El Pueblo* siente tener que escribir estas palabras. Pero, después de relatados los hechos, todos verán que más bajo que las palabras, más ruin que las palabras es el nombre de ese jesuita.

¿Qué pasó? Ese jesuita sin vergüenza tenía frente a sí y arrodillada y humilde y devota y creyente y buena y sencilla y honrada, á una mujer contrita. Esta mujer creía que había de decir sus faltas, sus pecados á un hombre. Que este hombre era un santo.

¿Qué le preguntó este hombre? No le preguntó á la mujer si cuidaba bien de la casa, si la embellecía con sus cuidados, si la hacía fuerte con su bondad; no le preguntó á la madre si atendía á sus hijos, si los dirigía con sabios consejos, si les enseñaba con palabras de virtud los caminos de la vida. No. Ese jesuita no sabía lo que era la casa, no sabía el valor del hogar.

Le preguntó por las intimidades del matrimonio; le preguntó por los casos miserables de la vida. La obligó á hablar de los misterios de la alcoba, de las relaciones sexuales, de las formas del ayuntamiento.

Un libertino no se hubiera permitido libertades tan escandalosas con una prostituta.

Y luego de esa mujer vino otra y el jesuita sin vergüenza insistió en las mismas preguntas; y luego otra y las mismas preguntas procaces, brutales, lascivas, livianas, bestiales, salían del confesonario; del confesonario que parecía un prostíbulo.

Las mujeres, horrorizadas, avergonzadas por las preguntas del P. Ludari, del Convento del Jesús, recurren á nosotros. Y nosotros, los malos, los increí-

dulos, supimos de las malandanzas de los que se llaman buenos.

Y oímos la palabra devota de las mujeres que pensaban que un sacerdote era un hombre honrado.

Y tuvimos el boletín en las manos. Y leímos el nombre del jesuita cobarde que se esconde en el confesonario; que se vale de los hábitos, que se aprovecha del respeto de la Iglesia para insultar en su dignidad á unas mujeres buenas, á unas criaturas que creían en Dios.

Que creían en Dios: que nunca más ya creerán en él.

El Pueblo.

Tortosa.

Mis amores

SONETO

No tengas celos, no; pero la adoro:
con toda el alma, como á ti, la quiero;
por tu amor y su amor soy dulce ó fiero;
tengo de hombre el valor, de dama el lloro,
que tal contraste es del amor tesoro;
de ella y de ti venturas solo espero,
y por ambos amores vivo y muero,
arrancando á mi lira himno sonoro.

Hermosa es como tú; como tú es buena;
sois emblemas de paz y bienandanza,
orladas con divinos resplandores.

Mi corazón de gozo se enajena
teniendo en vuestros triunfos esperanza...
¡la «Libertad y Tú» sois mis amores!

JOSÉ QUILIS PASTOR

Efeméride

El día 13 del actual publicó *El Liberal* de Sevilla lo siguiente:

«Las crónicas sevillanas registran como uno de los más famosos y sonados el Auto de Fe celebrado en Sevilla el día 13 de Abril de 1660 y del cual existen numerosas relaciones con los nombres de los reos que en él salieron.

Larga memoria dejó la ceremonia de este ejemplarísimo acto, al que acudieron cientos de personas á presenciarlo, no sólo de la ciudad, sino de los pueblos de todo el reino.

Señalados todos los particulares, el día 11 se llevó la cruz de la Inquisición del convento de San Pablo al castillo del Santo Oficio, en Triana, y el día 12 se cantaron solemnes vísperas en la capilla de San Jorge, saliendo la procesión con dirección á la Plaza de San Francisco, ya convenientemente dispuesta, conduciendo la cruz que había de presidir la ceremonia.

Puesta la cruz en un altar lujosamente adornado, comenzaron á celebrarse misas, y al día siguiente recorrió las calles de la ciudad la procesión de los reos, cuya descripción publicó Montero de Espinosa en su libro «Relación de la judería de Sevilla», y que dice así:

«Iba delante el Receptor con el mismo acompañamiento; seguía la cruz de la iglesia de Santa Ana, cubierta de velo negro, sobre manga de terciopelo morado, acompañada de su clero. Seguían seis encorazados; un penitenciado sin «sambenito», cuarenta y siete peni-

tencidos de media aspa y aspa entera; detrás, treinta y cuatro estatuas de fábrica, enteras, imitadas al natural en hechuras y trajes á sus originales, y en cada una dos inscripciones, en pecho y espalda, que expresaban su nombre... eran los treinta y tres de relajados, y la otra con «sambenito» y coraza sin llamas, la cual no se quemó como las demás, y concluían con siete relajados en persona; á éstos asistían catorce religiosos calificados, dos á cada uno, y enseguida un gran número de frailes; detrás, Juan de Lara, alcaide de las cárceles secretas, á pie, con bastón; inmediatamente, el alguacil mayor, á caballo, y después, una acémila, en la que venían las manos de varas, de mimbre blanca, para la ceremonia... y dos arcos pequeñas, de ébano y marfil, grabadas de oro, en las que se guardaban una cruz campanillas, dos escribanías de plata y las causas, la cual cubría un repostero de terciopelo carmesí, llevándola dos palafreñes; consecutivamente, los secretarios del secreto, á caballo; los alguaciles de los Veinte; al lado derecho, el Cabildo eclesiástico, y al izquierdo, el Ayuntamiento con su Asistente; en medio, el fiscal de la Inquisición, con su estandarte, y concluía esta procesión con los inquisidores, adornados de capelos, y detrás la tropa.»

Llegada la procesión á la plaza, y colocados todos los que formaban el cortejo en los sitios que tenían designados, después de hecho el juramento por el secretario Juan de Concha, y la plática por fray Luis de Espinosa, se pasó á la lectura de la causa, comenzando por los condenados á muerte, que fueron Francisco López de Castro, Manuel Rodríguez, Ana Méndez, Roque López Montesinos, Clara Núñez, Juan López Curtidor y Manuel Fernández Andrade.

Los reos fueron luego conducidos al «quemadero», dándoseles á los otros los castigos que les estaban señalados.

Aquella noche hubo iluminación en la ciudad y el suceso fué objeto de conversaciones en todo el reino de Sevilla.»

EL CRONISTA

Médico ortodoxo

El boticario de Carabantes (Soria) tenía en su botica la lámina de *El Motín* que representa un obispo en automóvil atropellando á Cristo.

El cura, el sacristán, y pásmense mis lectores! el médico, se empeñaron en que la quitase; y, efectivamente, el boticario la rodeó de otras varias de las de la Inquisición.

Tiene por aquel entonces que venir á Madrid, y en vez de los ocho días que pensaba, está doce, y se encuentra al regresar con que le rescinden el contrato, llaman á un carpintero para que levante la anaquelaría, le mezclan los medicamentos, y por fin le arrojan del pueblo diciendo que no quieren herejes en él.

Todo esto lo encuentro muy natural, y hasta presidible, en un pueblo donde todavía llevan los cadáveres á la iglesia para celebrar los funerales, se

subvencionan las fiestas del culto y se le da mensualmente un duro al cura para que bendiga los campos.

Lo que ya no me explico tan fácilmente, es que el médico ayude al cura y el sacristán, por creer yo que ninguno de esa profesión puede ser católico.

Si un médico cree que hay santos especialistas para cada enfermedad, está fa al paciente cobrándole sus servicios, que son innecesarios.

Y si no lo cree, y finge creerlo, sacrifica su dignidad profesional en los altares del vil garbanzo.

Digamos con aquel que vió á un fraile y se enteró de la misión que desempeñaba en la tierra:

¡Qué cosas hacen algunos hombres por comer!

Remitido

Mi querido D. José:

Con suma delectación he leído los artículos que, á propósito de la clase á que me envanezo de pertenecer, ha publicado EL MOTIN.

Pues bien, D. José; ahí le envío paño para, si le parece, corte dos ó tres trajes acerca de nuestra Caja de Derechos Pasivos, que ha entrado ya en el período agónico y que no tardará mucho en expirar (hay cerca de un millón de déficit).

Mas antes de pasar más allá, le diré que por R. O. de 1.º de Enero de 1911 se dispuso que cobrasen:

D. Gabriel del Valle.....	6 000 pts
» L. Roso.....	5 000 »
» Angel Daban.....	5.000 »
» Enrique Zapatero.....	4 000 »
» José Lube'zs.....	3 500 »
» Agustín Martínez.....	3 000 »
» Vicente Menéndez.....	3 000 »
» Adolfo Javoleyes.....	2 500 »
» Valenín Rodríguez.....	2 500 »
» Manuel Díaz.....	2 500 »
» José Ureta.....	2 000 »
» Prudencio del Valle.....	2 000 »
» Enrique Calero.....	2 000 »
» Hermenegildo Villaverde.....	2 000 »
» José Ruiz.....	1 500 »
» Francisco Fernández.....	1 500 »
» Fernando Cortés.....	1.500 »

Claro está que en esta lista faltan datos acerca de Presidentes, Secretarios, Vices, Vocales, Contadores, etcétera, que yo no sé á punto fijo, pero que cesde ahí sería fácil de averiguar.

Vea, pues, amigo Nákens, si habrá medio alguno para arrancar á nuestra Caja de Pasivos de las garras de la muerte, porque sería muy sensible, no que los maestros se quedasen sin lo que legítimamente les corresponde, pues para eso se les descuenta, sino que esos Fulanos de la anterior lista se quedaran cesantes, y sin poder vivir, por lo tanto, con arreglo á su rango y dignidad.

Que el diablo sea con usted, querido Nákens, y que á mi no me falte.

Es de usted afectísimo seguro servidor q. l. b. l. m.,

M. FERNÁNDEZ

Incongruencias

Si el cura de Nerva se gasta cincuenta pesetas en una corona para depositarla sobre el cadáver de la mujer del alcalde, hace perfectamente; cada cual es dueño de disponer de lo suyo en la forma que crea conveniente. Esto aparte de que debemos estar siempre bien con aquellos que pueden servirnos de algo. Y un alcalde agradecido puede servir'e de mucho á un párroco.

Y si ese mismo cura se niega en cambio á enterrar de caridad á un infeliz, porque varios amigos le han costado una caja, no hace mal tampoco. Los cadáveres de los pobres no tienen derecho á esos lujos.

¡Estaría bueno! ¡El pobre pudriéndose orgullosamente en su caja, dándose importancia con los difuntos de al lado, y el cura sin poder reunir otras cincuenta pesetas para cuando fallezca la mujer de otro alcalde!

Hay pobres muy exigentes.

Hasta quieren tener derecho á que se les haga después de muertos la justicia que no alcanzaron en vida.

Afortunadamente no se salen nunca con la suya, sino cuando se amotinan.

Y esto no siempre, porque unas veces los fusilan y otras los enchiqueran, si no logran expatriarse.

Pero no divaguemos, y al asunto.

El cura de autos ha tenido razón al negarse á enterrar gratis á ese pobre de Nerva.

Y yo lo aplaudo.

Y si estuviese en mi mano, lo ascendería á obispo por lo fielmente que interpreta la doctrina evangélica.

Y al día siguiente de tomar posesión lo mandaría á presidio, si en el Código Penal hubiera un artículo en que se aplicase esta pena á los aduladores de alcaldes y duros de corazón con los pobres.

Desgraciadamente no existe ese artículo.

La Iglesia se nos come

Todo lo bueno debe repetirse. Diganlo los católicos que cuando rezan el rosario se duermen repitiendo el Padrenuestro y el Avemaría.

Por esto, aun cuando los he estampado varias veces, quiero refrescar hoy la memoria de mis lectores con unos datos sobre las cantidades que extraen del Presupuesto de esta nación que no come, los dignos representantes de una religión puramente espiritual; espiritualidad en que nadie creería, si todos se fijaran en los moftetes anteriores y posteriores de la mayoría de sus atocinados representantes:

«Existen en España nueve archidiócesis y 54 diócesis.

Los arzobispos tienen: el de Toledo 40.000 pesetas de sueldo, 5.000 por la

dignidad de cardenal, y 5 000 para gastos de visita; total 50 000 pesetas.

Los de Sevilla y Valencia, 37 500 pesetas de sueldo, 4 000 para gastos de visita, y además 5 000 pesetas, si son cardenales.

Los de Santiago y Granada 35 000 pesetas, 4 000 para visitas y 5 000 si son cardenales.

Los de Burgos, Tarragona, Valladolid y Zaragoza, 32 500 pesetas, más las 4 000 para visitas y las 5 000 si poseen el capelo.

Los obispos que tienen mayor sueldo, son los de Madrid Alcalá y Barcelona: 27 000 pesetas, más 4 000 para visitas.

Siguen los de Cartagena Murcia, Córdoba, Málaga y Cádiz, con 25 000 pesetas y 4 000 para visitas.

Continúan los de Almería, Badajoz, Cuenca, Jaén, León, Lérida, Lugo, Orense, Oviedo, Palencia, Pamplona, Salamanca, Santander, Segovia, Teruel, Zamora, Avila, Canarias, Gerona Huesca y Mallorca, con 22 500 pesetas más las 4.000 para visitas.

Los de Astorga, Calahorra, Ciudad Real, Coria, Guadix, Jaca, Menorca, Mondoñedo, Ossa, Plasencia, Sigüenza, Tarazona, Tuy, Tortosa, La Seo de Urgel, Vich, Vitoria, Orihuela, Segorbe y Tenerife, con 20.000 pesetas más las 4 000 de visitas.

Algunas diócesis tienen al frente administradores apostólicos ó abades, que son las de Ciudad Rodrigo, cuyo obispo administrador tiene 10.000 pesetas, y las de Barbastro, Solsona, Tudela, Albarracín, Ceuta é Ibiza.

La Catedral de Toledo se lleva 306 500 pesetas; sólo el prelado se lleva 45 000.

Las demás catedrales, se llevan, según su categoría, un regular piquito del Presupuesto.

Como el último mono siempre se ahoga, los curas y coadjutores rurales están mal dotados, sobre todo los de categorías inferiores. El coadjutor de un pueblo gana 550 pestas ó 500, según la diócesis.

El Estado contribuye á los gastos de los conventos de monjas, pagando algunas plazas á 365 pesetas.

También contribuye con 22 500 pesetas al sostenimiento de cada uno de los 54 Seminarios subsistentes al hacerse el Concordato. Además, entrega 40 000 pesetas al de Madrid, 12 000 al de Ciudad Rodrigo, 10.000 al de Barbastro, 7.500 al de Ibiza, 10.000 al de Solsona, 17 500 al de Tudela y 6.000 á la Biblioteca Colombina.

Es decir, el Estado gasta 1.340 400 pesetas en el sostenimiento de los Seminarios de España.

El noviciado de San Vicente de Paul se lleva 20 000 pesetas.

Los conventos, institutos, noviciados y demás comunidades, disfrutan de muy buenas subvenciones: solamente la catedral de la Almudena, en construcción, se lleva todos los años 100.000 pesetas.

El obispo in partibus de Sión tiene 20.000 pesetas, palacio y coche.

El arzobispo dimisionario de Manila tiene 10 000, lo mismo que derechos de estola, pie de altar, el de Jaro y el de Cebú.

Y no va más.

Añádase á estos espirituales sueldos, lo que se agencian los pobrecitos, bien coaccionando al enfermo acaudalado,

ya catequizando á las jamonas ricas, y a apelar lo á otros medios que no figuran en los Aranceles eclesiásticos, y digásemse si no es á justificado el título que lleva este artículo.

Nuestras mujeres

«Ningún progreso durable y serio en el terreno social es posible si la mujer no participa de él para ayudarse y beneficiarse.»

Ch. Letourneau.

El egoísmo con que tratan á sus mujeres muchos trabajadores que se llaman adelantados resultaría explicable, acaso, entre los conservadores y tradicionalistas, partidarios de las jerarquías y del antiguo concepto de la propiedad.

Para estos últimos la mujer carece de todo derecho y ha de estar siempre sujeta, primero á los padres, luego al marido, y en su caso, á los hermanos y hasta á los hijos.

En las costumbres heredadas de los tiempos pasados, la mujer tiene solamente obligaciones y humillaciones; unas veces impuestas con brutalidad, otras ocultas bajo el nombre de protección, ó con pretexto de la defensa del honor.

La mujer casi no puede todavía entrar decorosamente en los lugares de recreo donde se reúnen los hombres todos los días. En los teatros se las admite porque se las considera un ornamento indispensable; pero cuando los hombres quieren estar á sus anchas, se apartan de sus madres, de sus esposas y de sus hijas; sólo aceptan á la mujer víctima para que divierta á los amigos, para servirles en categoría de criada, y con mucha frecuencia hundida en las ignominias de la prostitución.

Hombres conocemos, y pasan por excelentes, que todos los días festivos se van al campo, á recrearse, á merendar con los amigos, mientras las mujeres de su familia quedan en casa ó han de ir á la iglesia como único recurso.

La razón que muchos alegan es que las diversiones representan un gasto, que es tolerable para uno solo, pero que sería imposible hacerlo para todos los individuos de la familia.

De modo que el hombre toma para sí la parte del león, porque es el más fuerte, y la mujer tiene que contentarse con roer los huesos, porque no merece que gasten para ella una parte del dinero que el hombre derrocha en sus diversiones.

Antiguamente, cuando en las casas de los menestres sólo el hombre ganaba su jornal y mantenía á toda la familia, tales razonamientos del egoísmo varonil eran ya repugnantes; pero lo son mucho más en casa del obrero moderno, en donde la mujer y las hijas trabajan tanto ó más que el marido y padre.

La mujer contribuye á las cargas de la familia y de la sociedad; es una injusticia brutal negarle su derecho al bienestar y á la felicidad, al igual del hombre, porque la debilidad, en vez de ser causa de desprecios, debe ser en una sociedad civilizada motivo de mayores consideraciones.

Además, no conviene que nos haga-

mos la ilusión de que podemos emanciparnos nosotros solos, dejando atrás á las mujeres. Formamos con ellas una sola especie, un todo indivisible y solidario; y nos emanciparemos todos ó permaneceremos todos en la servidumbre.

El hombre dichoso y libre, hijo, padre, esposo y hermano de la mujer ignorante y esclava, no será nunca una realidad.

JUAN CUALQUIERA

El Porvenir del Obrero (Mahón).

Maestra perseguida

La maestra de instrucción pública de Veguillas es víctima de una persecución inaudita por parte del cura y del ayuntamiento, á causa de que no se les somete ciegamente en la parte religiosa.

Han conseguido que un inspector gire una visita á su escuela y le forme un expediente, del que seguramente saldrá mal.

Aunque sólo sea para no desmentir á los que dicen que en España no hay justicia.

Niño maltratado

Un Padre Escolapio golpeó en Zaragoza de modo tan brutal con un palo á un niño de siete años, llamado Angel Moliner, que le lesionó el dedo anular de la mano derecha, teniendo que ser curado en la Casa de Socorro.

Comprendo la sorpresa que experimentarían los militares que salieron ilesos del Barranco del Lobo.

Pero creo que será mayor la que sentirá todo alumno de colegio clerical, que pueda decir cuando lo abandone: «Salgo sin ningún desperfecto visible ni invisible.»

Un hombre salvaje

Niña de quince años violada.—Se fuga de donde servía.—Un buen servicio del jefe de Policía.—El parte al juez.—La niña al hospital.—La fiera á la cárcel.

La niña Julia Ortega Miró, de quince años, natural de Tortole (Burgos), en donde habitan sus padres, entró á servir como criada en casa de doña Ecequiela Delgado, viuda (La Sombrerera), dueña de un almacén de muebles.

A esta señora le unen grandes lazos de amistad con un tal Victoriano Zapatero (maestro albañil), el que con frecuencia visitaba su casa por horas ilimitadas.

Ocurrió que el día 16 la niña Julia, aprovechando un descuido de su ama, se escapó de la casa pidiendo socorro, llegándose á encontrar con el jefe de Policía señor Pino, á quien contó lo que le pasaba en casa de su ama.

El Sr. Pino la dejó al cuidado del matrimonio Sr. Conrado Moreno y de su esposa Julia, mientras ponía el he-

cho en conocimiento del juez. Informada la autoridad del hecho, ordenó pasara al Hospital para ser reconocida.

Una vez en dicho establecimiento, reconocieron á la niña Julia los doctores D. Pantaleón Martínez (forense) y el inspector de Higiene D. Manuel Alba, pudiendo apreciar cómo había violación y de suma importancia, quedando en el Hospital por orden de los facultativos para continuar su curación, procediéndose á la detención de Victoriano.

La niña declaró á las autoridades que en la casa de Doña Ecequiela, donde servía, el tal Victoriano cerró la ventana para que el vecino Sr. Conrado y su esposa no oyese, nada y le metió un pañuelo en la boca para cumplir sus deseos.

Al tal Victoriano no se le conoce en el pueblo más que por el mote de «El Barriero.»

MIGUEL NAVARRO

Aranda, 18 Abril 1912.

Los milagros de Pío X

Con este título publica *El Radical* un articulo, refiriéndose á otro de *La Croix*, de París, en que echa las campanas á vuelo porque el Pontífice ha perpetrado el milagro de curar á una sorda.

«El caso es conmovedor, dice. Una joven quería ser carmelita—la pobre ignoraba lo que son los conventos—y no podía conseguir sus propósitos porque estaba sorda como una tapia, y, por lo visto, hace falta mucho oído para profesar en esa Orden.

Los médicos la habían declarado incurable, y ella se encontraba loca perdida por el dolor. De pronto sintió una voz interior que le dijo: «Vete á ver al Papa, y el Papa te curará.» «Pues arza pa lante»—exclamó la muchacha, y emprendió el camino para Italia, no sabemos si á pie, en coche, por ferrocarril ó embarcada, que de esto no hablan las crónicas.

Una vez en Roma, y á los pies del Papa, le pidió que la curara. Y Pío X, un poco amoscado, replicó á la joven: «Repite tres veces ese acto de fe y serás curada.» Y dicho y hecho. Repitió el acto de fe tres veces, y se levantó con un oído más despierto que el de un fraile para percibir el sonido de la plata, gritando que se las pelaba: «¡Ya puedo ser carmelita! ¡Ya puedo ser carmelita!...»

D. Pío se quedó satisfechísimo, la joven se fué encantada y toda la cristiandad rugió de entusiasmo.

Líbreme el cielo de caer en la tentación de negar ese milagro. La fe que transporta las montañas, cómo no ha tener eficacia para curar una simple sordera, y más interviniendo el Supremo Gerarca de la Iglesia?

Por lo tanto, conste á todo el orbe que yo creo en ese milagro, con la misma fe que todos los que relata la tradición ó figuran en los libros sagrados.

Vengan más frailes!

¡Ah señores, vengan más frailes! En España hacen falta frailes y monjas; muchos frailes y muchas monjas; muchos muchísimos más frailes y monjas de los que hoy disfrutamos.

Yo no opino como esos frailecillos impíos que no perdonan medio de molestiar a los benditos monacales. Ahora mismo se hace desde las columnas de este periódico una campaña de escándalo contra los robustos PP. Paúles de Villafraña, y yo no puedo tolerar tal injusticia y vengo a romper una pluma, ya que no puedo ser laucha, en favor de esos Padres tan benéficos para España, tan útiles para su progreso individual y moral, tan necesarios para la redención de nuestro alicaído país, no en balde consagrado, en pleno Canalejas, al Corazón de Jesús.

¿Qué delito han cometido esos Paúles de Villafraña? ¿Han colocado alguna rifa de rodillas sobre la plancha ardiente de una cocina, como cualquier monja pedagógica? ¿Han procurado penetrar los misterios de la última digestión de cualquier e lucando, cual un Plaminio anónimo ó un vulgar Hermano cristiano de Manzanares? ¿Han explotado el agotamiento en el trabajo de infelices niños asilados, á guisa de cualquier Adoratrix arribatada? ¿Han traficado con la pureza de jóvenes colegialas, como en cualquier conventículo celestinesco?

Nada de eso, lectores. Aparte de que yo no creo en que ocurran esas cosas en los sagrados recintos, en el caso presente no se trata de ningún asunto peliagudo. ¿De qué se acusa á los mansos varones Paúles de Villafraña? Pues de una tagetela. Que tenían, sin duda, traspapeladas entre los votos de pobreza, tres mil y pico de beatas, vulgo pesetas, y que aliquid, suadente diavolo (¿cómo iba á ser inspiración divina?) por inspiración del diablo (quien puede, como se ve, inspirar en los conventos), eclipsó esas miserables pesetas en previsión de que el mundo pudiera acabar en el próximo eclipse de sol. Hasta ahora nada de particular; y lo que sigue menos. Que los padres sospecharon de un alumno, hijo de viuda, rico y enfermizo, como autor de la evaporación astronómica de las pesetas y lo entregaron al brazo secular. Y nada más; porque todo lo que posteriormente ocurrió fué ejecutado, según se dice, por el susodicho brazo secular, único que será, al caso, responsable de haber dibujado un Cónclave sobre la piel del chico.

¿Qué han hecho, pues, los frailes que no sea perfectamente justo y legal? Ya sé yo que los impíos motejan á los Paúles de apegados á las tres mil del vil y de que sacrificaron en aras del vil metal el pellejo y la salud de una criatura que valía, sin duda, más que las tres mil pesetas; tampoco se me ocurre que para castigar según ley á ese alumno, si verdaderamente resultase algún día culpado, ni las leyes humanas ni en estos tiempos, las divinas autorizan las lesiones corporales; pero á eso respondo yo que no resulta por ahora probado que los padres Paúles hayan maltratado por su mano al chico y que se necesita tener verdadero odio

sectario para afirmar, como algunos lo hacen, que los piadosos Paúles tuvieron la culpa de todo lo ocurrido por haber dado al asunto las proporciones que le dieron y por consentir que el brazo secular solfease en pleno forisismo y á llamamiento, presencia, paciencia y asentimiento de los caritativos padres, las débiles vestillas del educando.

A demás, yo declaro irresponsable á todo fraile á quien, á pesar de sus votos de pobreza, y tal, arrebatan tres mil y pico de pesetas. Dentro de las modernas teorías antropométricas penales—y hay que ser consecuentes, señores amigos—el fraile no es persona; no es sujeto de deberes; y el que conoce la psicología de ese animal humano en cuanto afecta á su naturaleza económica metafísica, tiene que ver clara y precisa la aplicación de la eximentia de haber obrado por fuerza irresistible.

Arrebatan á una comunidad de frailes, y hasta Paúles, tres mil y pico de pesetas y no haber desaparecido la Villafraña del mapa y limitarse todo á unos católicos porrazos sobre un chico! Reciban los villafrañinos mi estuñadística felicitación por haber salido ileso de tan gran peligro, corrido á tan poca costa! ¡Hay que penetrarse bien de lo que es un avispero de frailes empobrecidos! Sobre todo si es cierto que les han vuelto á aparecer los cuartos extraviados; porque ahora están más pobres que antes y todo parará en que los villafrañinos rasquen un poco el bolsillo para los pobresitos Paúles que, robados y todo, duplicarán la pobreza de las tres mil y el pico.

Yo tengo la certeza de que la verdad se impondrá y á la postre vendrá á resultar que los cardenales del Cónclave dudado serán verdaderos; pero que fué el diablo quien se los ocasionó al chico, por no haber rezado éste aquel día el santo rosario con la devoción y demás circunstancias que Santo Domingo requiere. ¿No hemos visto otras veces, por ejemplo, cuando se perdió un barco, que la culpa fué de la piedra en la cual encalló? Pues ya verán mis lectores cómo después de tener plena razón los virtuosísimos Paúles y el brazo secular, á la postre puede resultar que el chico tenga más culpa que la piedra del cuento.

Y es natural: si el chico no hubiera estado en el convento ¿le hubieran ocurrido esas averías? Me inclino á opinar que no.

Y ya justificados mis infortunados Paúles, vengamos á cuentas, queridos frailecillos de esta satánica redacción. Cuál será mejor: que los frailes parezcan unos benditos y que, bajo capa de santidad, hagan por la piedad de las suyas, ó que esos hechos denunciados por la prensa sean verdad y los mismos frailes se encarguen de la excelente campaña antirreligiosa y anticlerical que vienen realizando con un éxito superior á nuestras inocentes chinitas revolucionarias.

Como yo no mando mis hijos á esos lugares santos, no puedo indignarme contra los autores de sucesos como el actual.

Lamento la desgracia de las inocentes víctimas; pero encima yo odiaría, si pudiera, á los padres de ellas esos cristianos puntapiés en el lugar al cuando.

¿No les están advirtiendo á esos padres el peligro que corren sus hijos en esos lugares? ¿No ven cómo se repiten á diario sucesos lamentables y horripilantes? Y sin embargo, mandan sus hijos á los frailes con toda la estultez y mansuumbre que caracterizan al animal religioso.

Así, aun doliéndome las víctimas, yo pido frailes y monjas, muchos más frailes y monjas, muchas más monjas y frailes para España, encima de los que tenemos.

Será el único modo de acabar algún día con esa plaga social que nos aniquila, el que los propios católicos empunen al fin, desengañados, el bisturí del cirujano para cortar el mal de raíz.

¿Pero qué, pues, nos hemos de quejar los impíos de las bazasñas conventuales?

EL HOMBRE QUE ME

(La Demencia, la 3)

Malicia infundada

Concedo que esa señora viuda y rica á quien tanto estima el señor cura de Jubia, haya insultado varias veces al vecino que le vendió a aquellos dos caballos, y que él se haya quejellado ante los tribunales. Cuando se estima á una persona tomamos sus cosas con el mismo interés que las nuestras.

Pero de esto, á sospechar siquiera que entre el sacerdote y ella pueda haber otros lazos que los de la amistad más santa y más pura, hay una distancia inmensa.

Los ministros del Señor, salvo alguno que otro, son incapaces de faltar á los votos que pronuncian, y al de la castidad menos que á ninguno.

Por lo tanto, aun cuando fuera cierto lo del cura de que tratamos, una golondrina no hace verano.

Y para un cura que pueda faltar á su deber, hay mil lo menos que hacen lo mismo.

(CÓDIGO DE JUSTICIA, SECCIÓN I, ARTÍCULO 1.º DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1901.)

Un filántropo

Once familias fueron arrojadas de sus viviendas el miércoles 9 de Enero.

Cuantas personas pasaron por la calle de Meléndez Valdés fijáronse en unos montones de trastos y cacharros viejos, algunos rodeados de niños.

Con seguridad que el casero que arrojó á la calle en un día de los más crudos de este invierno á once familias, confiesa y comulga mensualmente, y no en la capilla de la Cárcel Modelo.

Una pregunta:

¿Para qué esas sociedades benéficas y religiosas, si no evitan estos espectáculos que contrastan con los que ofrecen los coches de señoras de la aristocracia pasando á las puertas de los conventos torando los con el dinero que podía haber servido para albergar á tanto desdichado?

Yo no sé lo que debe hacerse; pero que pronto debe hacerse algo muy grande, esto sí lo sé. —1901.

(SEPTIMA DOMINGO BLANCO, LITOGRAFIA)